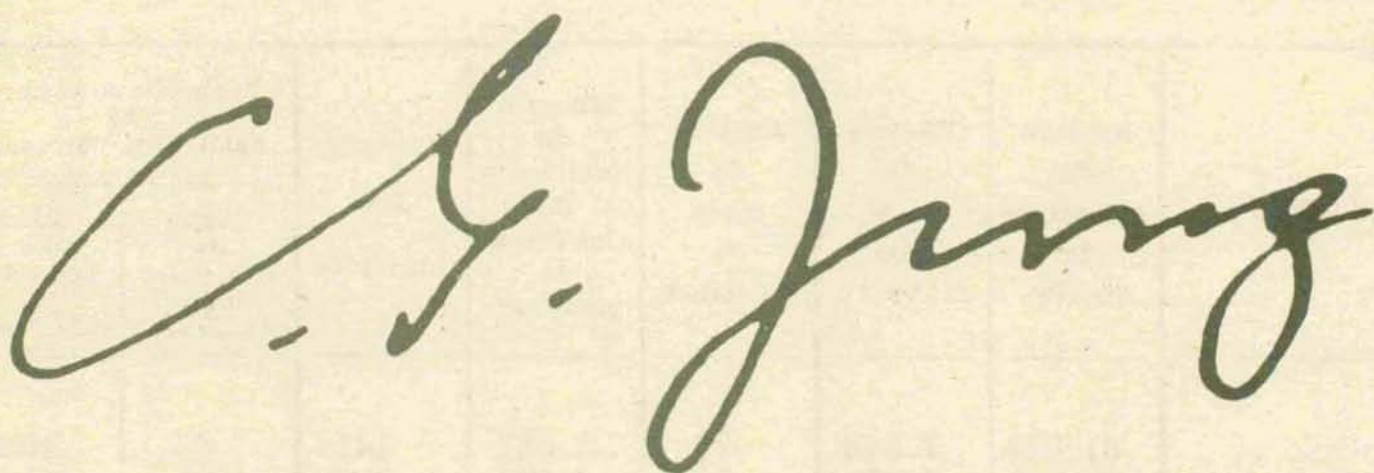


En su primer centenario

A large, stylized handwritten signature in black ink, enclosed within a thin black rectangular border. The signature reads 'C.G. Jung' in a cursive script.

UN GNOSTICO CONTEMPORANEO

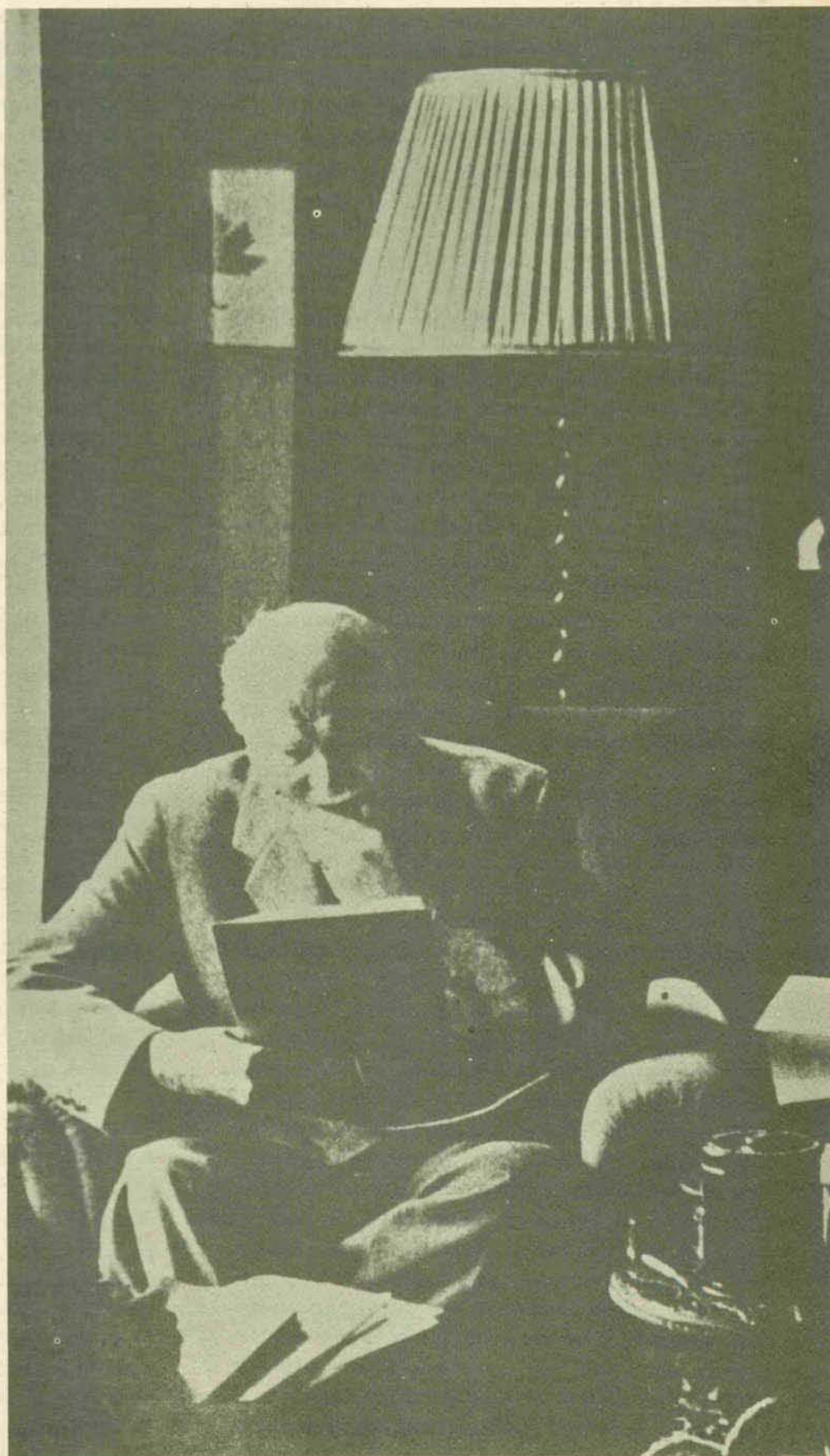
FERNANDO SAVATER

DE «obscurantista pseudomitología» calificó Herbert Marcuse las derivaciones finales del pensamiento de Jung: esta opinión es ampliamente compartida por los freudianos ortodoxos, los reichianos de la «**sex-pol**» y, en general, por toda la vertiente progresista del psicoanálisis. Casi desde un comienzo, la guerra civil estalló en el seno del psicoanálisis, tomando como «casus belli» el tema de la sexualidad: todas las

deserciones terminaban o comenzaban por relacionarse con ese punto esencial, a cuya suerte Freud había ligado la de su autoridad y la disciplina del grupo. El triunfo de la postura pro-sexual es hoy innegable, pero su signo habría sorprendido sin duda a Freud; él, que consideraba la masturbación físicamente dañosa, la homosexualidad como un desarreglo morboso y a la mujer como mal dotada para la sublimación que es base de la

producción cultural, se encuentra invocado hoy por quienes reivindican la supresión de los tabúes sexuales y piden la liberalización de los gustos y los sexos. La obra de Freud se dedicó a descubrir la necesidad cultural y antropológica de la represión sexual; lo que se ha deducido de ella es que tal represión es superfetatoria y debe ser abolida. Es evidente que nadie es dueño de sus propias obras. El sexo es el **tema** por excelencia;

Freud habló de él y, lo que es más importante, dio pie para que los demás hablasen de él en alta voz, con datos, con teorías... Nada ha tenido tanto éxito intelectual en los últimos doscientos años: la verborrea desatada en torno al asunto, ávidamente revolucionaria o indignadamente virtuosa, no parece que vaya a acabar jamás. Los que se aburren con el tema y no entienden de fútbol se encuentran aislados en sociedad... Naturalmente, no se perdona a quienes, en lugar de aprovechar el tan anhelado levantamiento de la veda, se dedicaron a hablar de otras cosas. C. G. Jung fue el más destacado de estos herejes, el que eligió los temas más desprestigiados y se dedicó con ahínco a cosas como la religión, los mitos, el alma, Dios, los platillos volantes... Si a esto añadimos que su nombre se convirtió en bandera de parapsicólogos y teósofos de diversa laya y que en materia política fue un conservador rayano con el fascismo, no hace falta mucho más para justificar el calificativo marcussiano con el que comenzábamos estas páginas. Y sin embargo...



CARL GUSTAV JUNG FUE EL CREADOR DE LA «PSICOLOGIA ANALITICA» —ASI BAUTIZADA POR EL MISMO PARA DIFERENCIARLA DEL PSICOANALISIS DE FREUD— QUE OFRECERIA SU MAS IMPORTANTE, Y CONTROVERTIDA, APORTACION EN EL TERRENO DEL INCONSCIENTE. A LOS CIENTO AÑOS DE SU NACIMIENTO, LA FIGURA DEL PSICOLOGO SUIZO (A QUIEN VEMOS, EN EL AÑO DE 1960, DICTANDO SUS MEMORIAS) CONTINUA VIGENTE.

POR supuesto, no voy a intentar disculpar a Jung de estas acusaciones, sino más bien a intentar agravarlas hasta hacerlas *interesantes*; de hecho, hasta hacerle más interesante que muchos de los psicoanalistas ortodoxos y progresistas cuyas reiterativas monsergas nos abruma la biblioteca. Los defensores de Jung suelen ser el peor argumento contra él; como muestra, este botón extraído de las psicoanalíticas páginas del diario «Ya» y firmado por Vintila Horia: «Mientras Freud, a la vez que propone el inconsciente como algo digno de ser liberado, como un esclavo destinado a reinar sobre nosotros, para nuestro bien, y otorga al alma el significado de transparencia ilética o material, Jung afirma que el alma es la única posibilidad de contacto con la esencia de Dios», párrafo en el que se unen felizmente el anacoluta y la ignorancia, siendo igualmente admirable la falsificación del pensamiento de Freud tanto como la trivialización engañosa del de Jung. Otros gustan de pintar el siguiente cuadro: Freud fue un descubridor genial, pero excesivamente ofuscado por su positivismo biologista y carente de formación filosófica, lo que le hizo caer en unilateralismos decimonónicos; afortunadamente apareció Jung, mente filosófica de amplia formación humanista, que vino a corregir tales excesos y a dar alcance metafísico al inconsciente. La verdad es aproximadamente lo contrario: Freud fue un filósofo sutil, analítico y sistemático como pocos, capaz de convertir cualquier excreción en categoría del espíritu; Jung fue una mente demasiado empirista, que cuando teoriza oscila entre la abstracción brumosa y el lugar común, más dado al chispazo que él mismo desaprovecha que a la teoría profunda y consistente. La gracia de Jung es aforística y deslavazada; al contrario que Freud, se debilita cuando intenta estructurarse. El interés del pensamiento del profesor suizo es conservar abiertas virtualidades del inconsciente que Freud, precisamente por su vocación excesivamente filosófica, tendió a cerrar en demasía. Jung no fue, *en nada*, más allá de Freud, pero guardó en su obra aquellas virtutas y aquellos abismos que Freud dio de lado en la construcción de su teoría. Menos penetrante y menos decidido que Freud, mucho menos *imaginativo*, aunque suela decirse lo contrario, estas insuficiencias son también las venta-

jas de Jung: eligió menos, conservó más, sus interpretaciones respetan más lo ininterpretable. De algún modo, la «novela familiar» que constituyó el argumento de la interpretación freudiana, su fuerza y su debilidad, va siendo paulatinamente postergada. Los temas históricos, políticos, metafísicos, van adquiriendo primacía, como ya se vislumbra en el esquizoanálisis de Deleuze y Guattari; quizá mañana las motivaciones religiosas expliquen las perturbaciones sexuales y no a la inversa. ¡Quién sabe! A los profanos nos toca esperar y ver. No voy a profetizar un «retorno a Jung», ni cosa parecida, pero me permito augurar que cosas similares al inconsciente colectivo y a los arquetipos —los nombres variarán, sin duda— van a centrar las reflexiones más sugestivas del psicoanálisis venidero. En todo caso, al decidir interesarnos por la obra de Jung, es bueno recordar la puesta en guardia con la que el doctor Roland Cahen —no siempre tan cauto, por otro lado— comenzó su edición de «L'homme a la decouverte de son âme»: «Hay espíritus que, apoderándose de Jung y de su obra, esperan encontrar una solución facilona, en un sentido timorato, por no decir de franca cobardía. Saltar, por ejemplo, directamente al plano de los arquetipos esperando así, gracias a esa especie de encanto y unción que emana de las ideas eternas, poder cortocircuitar los planos de sombra, los planos pantanosos que existen en cada uno, y que, plano del inconsciente personal, corresponden en resumen al plano freudiano (el eterno drama 'papá, mamá, la criada y yo', como dicen los humoristas), lo que sería la fuente de los más graves malentendidos.»

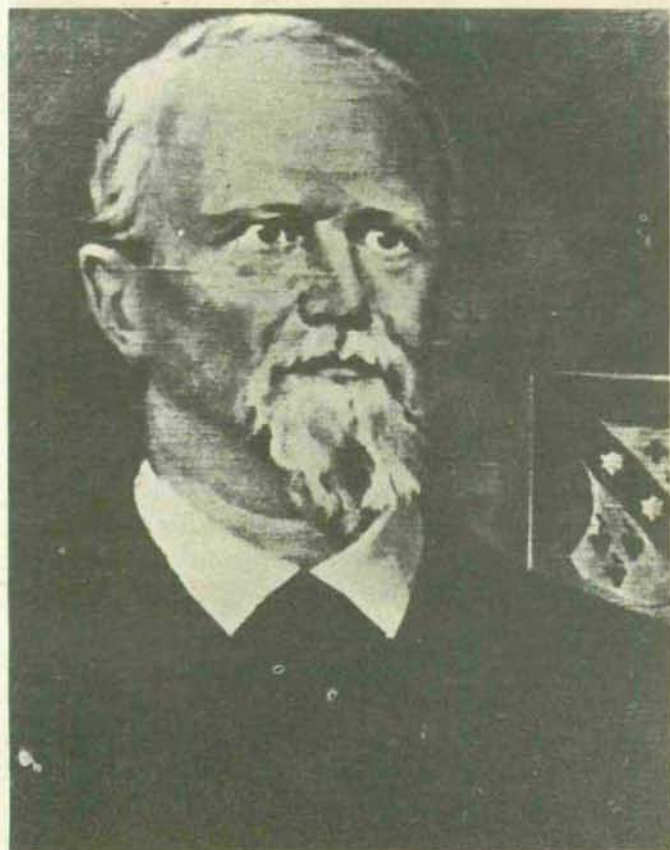
LA VIDA DE CARL GUSTAV JUNG

Jung nació en las orillas del lago Constanza, en el año 1875. Su padre, Joham Paul Aquiles Jung, era un pastor protestante corroído por las dudas teológicas y que no se llevaba nada bien con su mujer, aunque ambos intentaban salvar las apariencias. No hace falta ser psicoanalista para suponer que esta frialdad de las relaciones familiares marcó la infancia de Carl Gustav. Una leyenda familiar, no confirmada, le hacía descendiente nada menos que de Goethe, que habría sido padre de su abuelo y tocayo Carl Gustav, nacido en 1794 en

Mannheim (Alemania). Este abuelo Jung fue en todo caso un personaje curioso; fue doctor en medicina en Heidelberg y Berlín, donde frecuentó a personalidades literarias como Schlegel, Ludwig Tieck y Schleiermacher; cuando tenía veintiocho años, se vio tangencialmente mezclado en el asesinato de August Kotzebue ¹, por lo que se vio obligado a huir a Suiza, tras haber vivido algún tiempo en París protegido por Alejandro von Humboldt, el gran naturalista; en Basilea fue catedrático de anatomía, amplió el hospital municipal, fundó una institución para el cuidado de niños retrasados y proyectó un hospital psiquiátrico de corte distinto a los de su época, donde los enfermos deberían ser curados «por medios psíquicos». La vocación de sanar almas parece ser una constante en la familia Jung, fuera por

¹ Augusto de Kotzebue fue un curioso personaje del período napoleónico, que reunió los dispares atributos de ser poeta alemán, consejero de Estado ruso y espía del zar. En su libro *De Berlín a París en 1804* (editado en la Colección Austral) cuenta algunas de sus enigmáticas andanzas, que terminaron por costarle la vida en 1819. Su asesino fue un amigo de C. G. Jung, como se ha dicho, el estudiante de teología Karl Ludwig Sand. Como éste pertenecía a una corporación de estudiantes, a raíz del crimen fueron disueltas todas las fraternidades estudiantiles de Alemania, que desempeñaban un papel liberal y crítico en la vida política del país.

vía médica o religiosa. Jung se crió en Basilea, en cuyo gimnasio estudió lo equivalente a nuestro bachillerato; era una enseñanza aburrida y pedestre, los profesores no daban importancia (o no comprendían) las preguntas de Jung sobre problemas teológicos y vitales, el niño era mirado como un bicho raro por todos y llamado «padre Abraham». A los diecisiete años descubrió la filosofía, donde reencontró sus antiguas preguntas de adolescente ampliadas y comentadas; sin vacilar, se entregó a ella con pasión, en busca de las almas gemelas de tiempos pasados: Heráclito, Pitágoras, Empédocles, Platón... El primer filósofo que le satisfizo incondicionalmente fue Arturo Schopenhauer, tal como le ocurrió a Nietzsche y a Freud a esa misma edad. En 1895 comenzó a estudiar medicina en la Universidad de Basilea, con una beca que su padre solicitó para él; a lo largo de su infancia y adolescencia, Jung había tenido numerosas ocasiones de experimentar la estrechez económica de su familia, pero esa beca pareció humillarle particularmente. Fue un estudiante empeñoso y brillante. Al contacto con el método científico aplicado, sus tendencias especuladoras se hicieron mucho más empíricas; a pesar de ello, su tesis



A ORILLAS DEL LAGO CONSTANZA Y EN EL SENO DE UNA FAMILIA DE ECONOMÍA PRECARIA, NACIA EN 1875 CARL GUSTAV JUNG. SU PADRE, JOHAM PAUL AQUILES JUNG (A LA IZQUIERDA), ERA UN PASTOR PROTESTANTE CORROIDO POR LAS DUDAS TEOLÓGICAS Y QUE NO SE LLEVABA NADA BIEN CON SU MUJER, EMILIE PREISWERK (A LA DERECHA), AUNQUE AMBOS SALVABAN LAS APARIENCIAS.



JUNG SE CASO EN 1903 CON EMMA RAUSCHENBACH, PROVENIENTE DE UNA FAMILIA DE INDUSTRIALES. TUVIERON CINCO HIJOS (AGATHE, GRETE, FRANZ, MARIANNE Y HELENE), TODOS LOS CUALES EXCEPTO HELENE FIGURAN JUNTO A SUS PADRES EN ESTA FOTO.

doctoral versó sobre el caso de una joven médium, poseída en sesiones de espiritismo por una personalidad distinta: Jung explicó el caso diciendo que dicha otra personalidad no era más que una faceta oculta de la personalidad total de la médium, pero, pese al racionalismo de la explicación, es evidente el interés que Jung siente (y siempre sentirá) por los fenómenos «fantásticos y maravillosos».

Los intereses de Jung se van centrando cada vez más en la psique, que ve olvidada o negada por la medicina de la época; quiere descubrir hasta dónde pueden llevar los revoloteos de esa enigmática mariposa (como se recordará, «psijé», en griego, significa «mariposa», además de «alma») y, para ello, el instrumental psicológico de la época le parece sumamente insuficiente. Por influencia de Kraft-Ebings,

se decide finalmente a dedicarse a la psiquiatría y entra en el Hospital Mental de Burghölzli como asistente. Antes, para prepararse, ha ampliado sus conocimientos psiquiátricos en París, con Pierre Janet. El Hospital Mental no le produce una impresión demasiado exaltante, pero le permite trabar conocimiento con su director, Eugen Bleuler, personalidad interesante y avanzada. Jung dispone unos ingeniosos test de asociación para sondear a sus pacientes y dedica también muchas horas a escuchar y anotar sus más extravagantes fantasías. Sospecha que es un material interesante para la terapia, pero aún no tiene ningún hilo conductor para organizarlo. Ese hilo le vendrá de Viena, a través de las primeras obras publicadas de Sigmund Freud, que lee con arrebatto. Entre ambos se entabla una corresponden-

cia, al principio formal, pero que va haciéndose más y más cálida ². Jung trabaja sobre la esquizofrenia, entonces conocida como «*dementia precox*»; en 1907, publica su libro «La psicología de la *dementia precox*» y se lo envía a Freud, quien se interesa mucho por él y le invita a ir a Viena para conocerle. Finalmente, se produce el encuentro entre ambos y lo que podíamos llamar el «flechazo»: Freud se siente encantado de su joven y entusiasta admirador suizo, que se atreve a citarle elogiosamente en una publicación científica (lo que en esa época era arriesgar el prestigio académico), y Jung se embelesa con la extraordinaria penetración y poderío intelectual del fundador del psicoanálisis, veinte años mayor que él.

Incluso testigos tan escasamente favorables a Jung como Ernest Jones, el estricto hagiógrafo de Freud, reconocen la fascinación que el maestro vienés sintió por Carl Gustav. Es muy notable que las preferencias de Freud se orientaron siempre hacia sus seguidores más imaginativos y arrebatados, menos «serios»: los casos de Fliess, Ferenczi y el propio Jung son sobrada prueba de esto. Amante de la autoridad y la disciplina, cayese quien cayese, Freud tenía una irreprimible debilidad por los heterodoxos, cuyas audaces extrapolaciones simpatizaban con su propia tendencia a la libre especulación, que había reprimido inexorablemente en él en pro de la coherencia del sistema. Naturalmente, esto hacía tanto más dolorosas las rupturas, mientras que el alejamiento de personajes más graves (en los dos sentidos de la palabra, «serios» y «pesados»), como Alfred Adler, afectaban mucho menos a Freud. En primer término, Jung tuvo problemas con el círculo de íntimos del maestro, todos ellos judíos, a excepción de Jones; Jung se sentía muy «ario» y los judíos se lo notaron en seguida. Freud se vio obligado a mediar en algunas polémicas subidas de tono, como la que el suizo sostuvo con Karl Abraham; en carta a éste, Freud hizo unas melancólicas reflexiones sobre la paciencia que los judíos tienen que tener en el trato con los gentiles, incluso si éstos no son conscientemente racistas. En cualquier caso, Freud consideró a Jung

como su «delfín», el príncipe heredero que guiaría a los suyos hasta entrar en la tierra prometida que él debería contentarse —¡manes de Moisés!— con contemplar a lo lejos. Los test de asociación de Jung se habían convertido en un útil instrumento en la aproximación al inconsciente, que, además, configuraron uno de los primeros rostros públicos del psicoanálisis en la mitología profana de la época. Tales test consistían en proponer al paciente una serie de palabras a las que él debería contestar con la primera expresión que se le viniera a la boca, midiéndose el tiempo empleado en cada respuesta; las palabras que demoraban mayor tiempo su contestación eran síntoma de un conflicto latente en el inconsciente del paciente. Esto pronto se convirtió en un juego de salón y llegaron a ser el método de investigación favorito en las novelas de Edgar Wallace y colegas: sospecho que la primera aplicación práctica la consiguió el psicoanálisis en la novela policíaca...

Cuando se fundó la Asociación Psicoanalítica Internacional, Jung fue nombrado presidente, a propuesta de Freud, cargo que ostentó durante cuatro años. Acompañó al vienés en su gira triunfal por América, el primer reconocimiento público internacional del psicoanálisis (1909). Pero, poco a poco, la separación entre los dos médicos se iba haciendo mayor. Jung comenzó a interesarse cada vez más por la mitología e incluso por fenómenos de parapsicología (cuya existencia, por cierto, terminaría admitiendo el mismo Freud en determinados casos). La discrepancia fundamental giraba, como ya he apuntado al comienzo, en torno al papel de la sexualidad en la interpretación de los sueños y demás síntomas del inconsciente. Para Jung, la misma sexualidad puede ser simbólica de otros contenidos más profundos y mucho menos determinados. La reducción de todos los sueños (y de todos los mitos o leyendas) a contenidos sexuales reprimidos es un empobrecimiento tal de la realidad que la falsea radicalmente. Por otro lado, en su práctica terapéutica, Jung concedía más importancia a los condicionamientos *actuales* del paciente que a los que se remontaban a la primera infancia; en una palabra, para Jung la neurosis no es siempre la forma de resolver un conflicto originado en los años de constitución de la personalidad, sino que puede haber neurosis actuales, provoca-

² La importantísima *Correspondencia completa* entre Freud y Jung parece que será editada próximamente por la editorial Taurus.

das por conflictos surgidos en la edad adulta, sin raíces en la infancia. Como se ve, todo esto está abiertamente en contra de la ortodoxia freudiana, aunque Jung incubó estas discrepancias largo tiempo y tardó en hacer explícita su rebelión.

Freud trató por todos los medios a su alcance de evitar la ruptura definitiva. En varias cartas, animando a Jung a continuar profundizando en el estudio de los mitos, le exhorta conmovidamente a que no abandone la teoría sexual, bastión asaltado por todos los frentes, pero en el cual había que atrincherarse y permanecer. La teoría sexual era lo que más hería la sensibilidad teórica establecida, lo que hacía indigerible al psicoanálisis, pero la base de la doctrina; ciertamente, sin la firmeza intransigente de Freud hubiera terminado por diluirse y minimizarse para dar gusto a los timoratos. Quizá no fuera ésta la intención de Jung, pero contribuía a ello y Freud se dio cuenta sobradamente. Por eso, cuando Jung le escribió que acababa de asistir a un congreso de psiquiatras hostiles al psicoanálisis, donde evitando los aspectos más crudos de la teoría sexual había conseguido varias adhesiones, Freud le respondió secamente que eso no tenía mucho mérito y que si hubiese suprimido todo lo referente a la sexualidad, su éxito hubiera sido aún mayor. Finalmente, cuando ya había abandonado la presidencia de la Asociación Internacional y sus cartas a Freud se habían hecho escasas y distanciadas, Jung publicó su *Wandlungen und Symbole des Libido* (1912). Allí sostuvo que los deseos edípicos del hijo por su madre no son meramente biológicos, sino parte de un deseo más profundo de renacimiento y de recreación de un *sí mismo* (*selbst*, término fundamental de la psicología jungiana que más adelante analizaremos) plenario y autónomo; es decir, que el ansia de copular con la madre, que se da efectivamente, no aspira a la realización física del acto sexual, sino a una especie de renovación anímica que tal copulación simboliza. ¿Chocaba frontalmente este punto de vista con el psicoanálisis? En aquel momento, evidentemente, sí; el psicoanálisis era demasiado joven para soportar semejante injerto. Sin embargo, no creo que fuese imposible demostrar con textos que estas ideas *también* se le habían ocurrido a Freud, pero que éste creyó que la

tarea de asentamiento del psicoanálisis requería en principio otros planteamientos. Sea como fuere, ese libro provocó la ruptura definitiva entre ambos, aunque no un gran cisma en el psicoanálisis, pues Jung se fue prácticamente solo. El hijo más querido se iba de la casa del padre; el férreo patriarca de la heterodoxia despedía con él algunas de sus más fértiles intuiciones, junto con muchos de sus más indeseables peligros.

Al abandonar el círculo psicoanalítico, Jung quedó en una relativa soledad. Relativa por dos razones: porque siempre la prefirió al trabajo en equipo y porque su renuncia a muchas de las «obscenidades» psicoanalíticas le abrieron puertas que los demás seguidores de Freud seguían teniendo cerradas. No hablaré aquí de todos los aspectos de su obra, pues pienso dedicarles los restantes parágrafos de este ensayo; digamos tan sólo que su obra no se acerca ni de lejos a la grandeza teórica de la de Freud, aunque en ciertos aspectos insinúa y «promete» más que la de éste; también es preciso señalar que, pese a esfuerzos que creo sinceros del propio Jung, ha sido infinitamente más trivializada que la de Freud. Jung se dedicó exhaustivamente al estudio de la mitología y de la alquimia, llegando a adquirir en ambos campos conocimientos de sorprendente amplitud, que manejó en sus libros con invariable tino y buen gusto. Especialistas en historia de las religiones (Mircea Eliade), orientalismo (Richard Wilhelm, Henrich Zimmer) o mitología comparada (Karl Kérenyi) le trataron y colaboraron con él o recibieron ilustración teórica de su parte. Viajó por Africa del Norte, Kenia y Uganda; visitó a los indios Pueblos, en América, y estuvo en la India. Rávena le impresionó notablemente, pero nunca pudo llegar a Roma; en un principio, le pareció que la ciudad le abrumaría excesivamente y fue postergando el viaje; cuando al fin se decidió, un desmayo le acometió al ir a sacar el billete y desistió definitivamente. Es curioso recordar que *lo mismo le ocurrió a Freud*, al que todo tipo de vértigos, angustias y extraños obstáculos impidieron también conocer personalmente Roma. Según parece, la capital de la cristiandad estaba vedada a los dos buceadores del alma... Sería injusto calificarle de «nazi», aunque tuvo inequívocas simpatías por el fascismo. Quizá las referen-



EN BOLLINGEN, A ORILLAS DEL LAGO SUPERIOR DE ZURICH, JUNG SE HIZO CONSTRUIR UNA CASA —QUE LLAMO «LA TORRE»— DURANTE 1923. PARA EL, NO SIGNIFICÓ UNA SIMPLE VIVIENDA, SINO SU «MANDALA», SU «CENTRO DEL MUNDO». EN EL DINTEL DE LA PUERTA PRINCIPAL (FOTO INFERIOR), HIZO GRABAR UN ORACULO: «LLAMADO O NO LLAMADO, EL DIOS ESTARA PRESENTE».

cias negras de los nazis a símbolos germánicos a los que él daba gran importancia —como la leyenda del Graal, en la que su mujer fue especialista— le hicieron simpatizar con ellos al principio, ayudado por su profundo antibolchevismo. Lo cierto es que, después, se mostró bastante sinceramente horrorizado con las depredaciones de esos nuevos bárbaros. Su visceral conservadurismo le impidió en la mayoría de los casos llevar sus consideraciones éticas e históricas más allá de lo trivial, aunque, por otro lado, hizo que no diera de lado fenómenos como la religión o el mito que los demás despreciaban y, en general, que no se entregase atado de pies y manos al esterilizador materialismo cientifista de la época. Hasta el final se mostró bastante poco temeroso de hacer el ridículo ante los ojos de la república de los sabios, como prueba su ingenioso estudio sobre las razones psicológicas de la *visión de platillos volantes*, que para Jung serían nada menos que *mandalas* voladores proyectados por quienes creen verlos...



En Bollingen, a orillas del lago superior de Zurich, C. G. Jung se hizo construir una mansión, que llamó «La Torre». La inició en 1923, haciéndola parecida a las chozas circulares de algunos pueblos primitivos; después siguió añadiéndole nuevas alas y otros edificios, hasta acabarla en 1955. Cada extensión representaba para él un nuevo enriquecimiento en su personalidad completa y desplazaba su habitación privada (a la que nadie, salvo él, tenía acceso) según sentía variar la gravitación de su yo. Para Jung, «La Torre» fue mucho más que una casa de campo a la que retirarse a descansar y practicar faenas agrícolas: fue su *mandala*, su «centro del mundo», la plenitud imaginativa y realizada de su *sí mismo*. En el dintel de la puerta principal hizo grabar un viejo oráculo dado en Delfos: «Vocatus atque non vocatus, deus aderit.» Es decir, «Llamado o no llamado, el dios estará presente».

Carl Gustav Jung murió en Zurich el año 1961, a los ochenta y cinco de su edad.

LOS TIPOS PSICOLOGICOS

Lo primero que deslumbró a Jung en su acercamiento al mundo de la psique fue su inexhaustible variedad de sentidos. Un sueño, por ejemplo, no puede reducirse a un significado unívoco y perfectamente expresable en el lenguaje racional de la vigilia. «La vida humana, en su esencia, no se deja referir ni reducir a tal o cual tendencia fundamental; muy al contrario, se construye a partir de una multitud de instintos, de urgencias, de necesidades, de condicionamientos tanto psíquicos como físicos; el sueño, como corolario, escapará a todo monismo; por seductora que pueda ser, en su sencillez, tal explicación, podemos estar seguros de que es errónea, pues ¿habrá alguna vez común medida entre una teoría simple de los instintos y el alma humana, a cuyo misterio sólo iguala su poder?» Sin embargo, esta reducción a una sola vía de explicación se ha llevado a cabo, en el caso de Freud por vía de la teoría sexual y en el caso de Alfred Adler por la voluntad de poder, de raíz nietzscheana. Freud tiende a explicar todos los sueños como la satisfacción de un deseo que no puede cumplirse en la vida consciente; a Jung, esta interpretación le parece alicorta. Tomemos este

sueño impresionante, relatado por una paciente de Jung:

«Vuelvo de noche a casa; reina en ella un silencio de muerte; la puerta del salón está entreabierta y veo a mi madre colgada de la lámpara del techo, balanceada por el soplo de viento frío que penetra por la ventana. Después sueño que un ruido espantoso resuena por la noche en la casa; voy a ver qué pasa y encuentro que un caballo desbocado galopa por el apartamento. Finalmente, encuentra la puerta del corredor y se precipita por la ventana del pasillo desde el cuarto piso a la calle; le veo con espanto extendido, destrozado, en el suelo.»

Obviamente, el método freudiano del cumplimiento de un deseo reprimido puede aplicarse a este sueño, pero la explicación así lograda será sumamente empobrecedora, algo



DE UNA MANERA RADICAL Y PROFUNDA, JUNG MODIFICÓ EL CONCEPTO DE INCONSCIENTE, QUE ADQUIERE EN EL UNA DENSIDAD DE INCONTABLES REPERCUSIONES FILOSOFICAS, RELIGIOSAS E INCLUSO POLITICAS MEDIANTE SU ESENCIAL ESTUDIO DEL «INCONSCIENTE COLECTIVO».

así como si redujésemos el contenido de «Otelo» a la sencilla máxima que extrajo un noble francés de la pieza de Shakespeare: «Las jóvenes casadas deben tener cuidado con sus pañuelos». Jung prefiere suponer que el sueño es «la autorrepresentación, espontánea y simbólica, de la situación actual del inconsciente», fórmula con la que pretende respetar toda su diversidad y riqueza de significados. Según este punto de vista, los sueños pueden tener implicaciones sexuales y de afirmación del yo, pero también religiosos, míticos, premonitorios, etc... En último término, cada sueño guarda un amplio remanente que no puede hacerse explícito por vía de ninguna interpretación racional y que precisamente por eso elige la vía simbólica del sueño para darse a conocer o, sencillamente, para expresarse. Sin embargo, Jung admite que la mayoría de los sueños por él analizados tienen un contenido *compensatorio*, es decir, que en ellos el inconsciente viene a completar o compensar una tendencia consciente exageradamente desarrollada. Se trata del «*mysterium conjunctio-nis*» presente en la mitología de todas las tradiciones, en el que los polos opuestos acaban por fundirse en un símbolo que los aglutina y subsume, compensando la unilateralidad de cada uno con la presencia viviente del otro. De algún modo, el sueño es un mecanismo equilibrador de nuestra totalidad: soñamos para ser más *cuertos* o, a veces, algo nos previene en el sueño de que estamos dejando de serlo. Y la cordura es equilibrio diversificado, pluralidad centralizada...

Sin embargo, no se puede dudar de la honradez, de la *objetividad* de puntos de vista unilaterales como los de Freud, Adler o tantos otros investigadores de la realidad. Cada cual cuenta exactamente lo que ve y tal cómo lo ve; pero su punto de vista está fuertemente condicionado por su propia personalidad, por lo que Jung llamará «el tipo psicológico». Cada uno estamos condenados a ver de una determinada manera y lo que vemos es indudablemente válido, pero condicionado por el prisma de nuestra alma: es inútil deplorar esta circunstancia, pues no hay otro tipo de objetividad al que aspirar y esta particularidad de perspectiva es la que posibilita la irreductible riqueza de los diversos logros culturales. El error reside en negar carta de ciuda-

danía a las otras perspectivas o en exacerbar la particularidad en lugar de buscar ángulos de visión cada vez más *integradores*: esta última tendencia, rara y costosa, es lo que los antiguos llamaban «sabiduría». Tomemos un mismo material de investigación, v. gr., las célebres «Memorias de un neurópata», del presidente Schreber, que Jung cierto día incitó a Freud a leer; sobre ellas escribió luminosamente el propio Freud, pero también Malcalpine, Szasz, Lacan, Nacht, Mannoni y muchos otros, cada uno desde una forma de ver igualmente rigurosa, pero irremediamente deudora de su «tipo psicológico». Ahora bien, el particularísimo material que brindan las diferencias de los tipos puede ser clasificado según un esquema relativamente sencillo, que Jung expuso en su obra más conocida³. Los tipos psicológicos pueden clasificarse binariamente en dos grandes grupos, que responden a dos «complejos» fundamentales. (La palabra «complejo», que Jung lanzó al mercado psicoanalítico y que ha llegado a ser de uso común, significa ciertos «imanes psíquicos» aglutinadores de energía, a veces de origen traumático, que interfieren en el ejercicio de la voluntad consciente.) Hay una actitud típica que concentra el interés del sujeto en los contenidos intra-psíquicos, que repliega al sujeto sobre sí mismo y su intimidad: recibe el nombre de *intraversión*. La actitud opuesta, que refiere el interés del sujeto hacia los objetos exteriores y le saca o proyecta fuera-de-sí-mismo, puede ser llamada *extraversión*. Esta oposición es constante en la historia de las ideas, enfrentando Platón a Aristóteles, Lao-Tsé a Confucio, Tertuliano a Orígenes, el idealismo al empirismo, etc..., enumeración en la que los primeros términos responden al tipo introvertido y los segundos al extravertido. Pero, naturalmente, ni estos tipos se dan jamás puros ni basta esta única división para dar cuenta de todas las particularidades psíquicas. Es preciso mezclar otros elementos sacados de las facultades del alma, según Jung. Estas facultades son cuatro, número al que Jung confería gran importancia como arquetipo de la totalidad; somos capaces de *sensación* (percepción sensorial), *pensamiento* (interpretación racional de lo sentido), *sentimiento* (aprobación o desaprobación de lo sen-

³ *Tipos psicológicos*, dos tomos, traducción de Ramón de la Serna, col. Piragua, ed. Sudamericana.

tido) e *intuición* (poder de adivinar inmediatamente de dónde viene o a dónde va algo). En cada psiquismo predomina una de estas funciones a nivel consciente, mientras que las otras desarrollan su fuerza compensadora a nivel inconsciente. Estas funciones se intersectan con los dos grandes tipos para constituir modelos más complejos: introvertido sensitivo, extrovertido sentimental y todas las restantes combinaciones posibles. Jung las analiza una por una con notable penetración que este esquema elemental no puede aspirar a reproducir.

Los peligros de estos esquemas saltan a la vista: pronto se convirtieron en una especie bastante tonta de juego de sociedad, una suerte de horóscopo del inconsciente. Jung advirtió en diversas ocasiones que no se trataban de ninguna panacea psicológica y que sólo servían para clasificar y hacer manejable por el médico un material abrumadoramente diverso y complejo. Pero la pasión descriptiva, trivialización hasta un grado ínfimo del «conócete a ti mismo», encontró en los tipos jungianos pábulo atrayente: con ellos, cualquiera podía ser psicólogo y hacerse con un carácter, que es algo así como un destino para andar por casa... Conocer a los demás es poder clasificarlos, primer paso para hacerles previsibles; y preverles es comenzar a manejarles, como saben muy bien los psicólogos de las industrias... Pero dejemos este tema repugnante, en el que muchos otros tienen más culpa que Jung. Los tipos psicológicos permiten entender muchas oposiciones irreductibles de las filosofías o las religiones, como ya apuntó William James en su momento; conocerlos no tiene que llevar forzosamente a un relativismo cultural, sino a admitir humildemente que toda objetividad se hace consciente a través de una subjetividad y que no puede soñarse con purificar totalmente a cada una de ellas de la sombra de la otra: la sabiduría será tolerante, respetuosa y abierta, convicta de que lo único que no es verdad es la verdad que pretende afirmarse más allá de toda diferencia de la intimidad que la descubre. Pese a los muy diferentes derroteros de la psicología científica actual —bastante menos abrumadoramente estimables de lo que suponen ellos mismos— los «Tipos psicológicos» de Jung permanece como uno de los intentos más ilustrados y complejos

de descripción psicológica que ha conocido el siglo XX.

EL INCONSCIENTE Y LOS ARQUETIPOS

Es frecuente todavía —me temo que los psicoanalistas menos penetrantes han contribuido decisivamente a ello— oír hablar del psicoanálisis como de *otro* sistema terapéutico de la psicología clínica moderna. Recuerdo a un antiguo profesor mío que me decía: «Desengáñese, el psicoanálisis no cura.» Efectivamente, le respondía yo, no cura, *pero es la única psicología que explica por qué no hay curación posible*. Lo importante del psicoanálisis es que ha hecho cambiar de signo el concepto mismo de enfermedad mental. Pero, sobre todo, la teoría analítica ha realizado una aportación fundamental al pensamiento de occidente, que la pone por encima de cualquier gestaltismo, conductismo, skinnerismo, etc..., un descubrimiento que ha renovado no sólo nuestra psicología, sino toda nuestra concepción del mundo: el *inconsciente*. Naturalmente, algo tan fundamental no podía haber pasado inadvertido hasta Freud y podemos afirmar que este negativo de la consciencia racional es tan antiguo como la consciencia racional misma; pero fue Freud el que transformó esta intuición en concepto, abrió diversas vías de acercamiento al inconsciente y estableció que no había descripción psicológica medianamente suficiente sin concederle la parte del león. Todos los intentos de salir del círculo hegeliano pasan por el inconsciente: Schopenhauer y Nietzsche le dieron una importancia no menor que Freud, aunque menos explícita. A estas alturas del siglo podemos considerar radicalmente insuficiente no sólo toda psicología, sino toda filosofía y toda religión que ignore o *no sepa qué hacer* con el inconsciente.

La psicología analítica —así bautizó Jung a su método para diferenciarlo del psicoanálisis freudiano— ha realizado en el terreno del inconsciente su más controvertida y (a mi juicio) su más importante aportación. El inconsciente freudiano, sobre todo en sus primeras formulaciones, se compone de una amplia gama de contenidos psíquicos, estratificados en diversos niveles: lo que conozco, pero sin



AUNQUE NO LA AGOTARA NI MUCHO MENOS, JUNG PROFUNDIZO HONDAMENTE EN LA ESENCIA DE LA RELIGION, QUE ESCLARECIO CON UTILIDAD. SU PENSAMIENTO EN ESTE TERRENO VALIO AL PSICOLOGO SUIZO (AQUI, CORTANDO LEÑA EN «LA TORRE» DURANTE 1958) UN ALUVION DE CRITICAS.

pensar ahora en ello, lo que he olvidado, las percepciones sensoriales que nunca han llegado a serme conscientes, los contenidos conflictivos o penosos que he reprimido y no permito que se me hagan conscientes, etc... Todos estos contenidos —mucho más vastos que el ámbito de mi consciencia— tienen en común, entre otras cosas, el haber sido adquiridos empíricamente, es decir, el ser posteriores a mi nacimiento. Freud rechaza todo innatismo, al menos a este nivel. Pues bien, a todos esos contenidos inconscientes, que para Freud constituyen la totalidad del inconsciente, llama Jung «inconsciente personal»; y, a continuación, afirma que en el inconsciente *hay más*. Debajo del inconsciente personal se hallan las capas aún más profundas y oscuras que atesoran la memoria biológica de la espe-

cie, los impulsos para llevar a cabo ciertas acciones y el programa heredado de determinados comportamientos, cuya motivación no es consciente; este *inconsciente colectivo* es común a todos los hombres y se adquiere por herencia y no por aprendizaje experimental. Con la aportación del inconsciente colectivo, Jung modificó radicalmente y en profundidad el concepto de inconsciente que, por un lado, corre en sus manos el peligro de convertirse en la noche en la que todos los gatos son pardos, pero, por otro, adquiere una densidad de incontables repercusiones filosóficas, religiosas e incluso políticas. Cito un extenso párrafo en el que Jung describe la totalidad del inconsciente y que, de paso, brinda una muestra bastante acabada de su estilo expresivo: «El consciente, a despecho de su intensidad y concentración, es puramente efímero, acomodado solamente al presente inmediato y a su propia vecindad; no dispone por naturaleza más que de materiales de la experiencia individual, que apenas abarcan unos cuantos decenios. Su memoria, además, es artificial y compuesta esencialmente de papel impreso. ¡Qué diferente es el inconsciente! Ni concentrado ni intensivo, sino crepuscular hasta la oscuridad, abarca una extensión inmensa y encierra uno al lado de otro, de manera paradójica, los elementos más heterogéneos, disponiendo, además de una masa indescriptible de percepciones subliminales, del tesoro prodigioso de las estratificaciones depositadas en el curso de la vida de los antepasados, que, por su sola existencia, han contribuido a la diferenciación de la especie. Si el inconsciente pudiese ser personificado, tomaría los rasgos de un ser humano colectivo que viviese al margen de la especificación de los sexos, de la juventud y de la vejez, del nacimiento y de la muerte, provisto de la experiencia humana más o menos inmortal de uno o dos millones de años. Este ser planearía sin disputa por encima de las vicisitudes del tiempo. El presente no tendría más significación para él que un año cualquiera del centésimo milenio antes de Cristo; sería un soñador de sueños seculares y, gracias a su experiencia desmesurada, un oráculo de pronósticos incomparables. Pues habría vivido la vida del individuo, de la familia, de las tribus, de los pueblos, un número incalculable de veces, y conocería —tal como un sentimiento vivo— el ritmo del devenir, del esplendor



CINCUENTA Y DOS AÑOS SEPARAN ESTAS DOS FOTOGRAFÍAS DE JUNG CON SU ESPOSA EMMA. EN LA PRIMERA —TOMADA EN 1902—, AUN NO HABÍAN CONTRAÍDO MATRIMONIO; LA SEGUNDA LES MUESTRA UN AÑO ANTES DE LA MUERTE DE ELLA, ACAECIDA EN 1955. AL MARGEN DE LAS SEPARACIONES MOTIVADAS POR LOS VIAJES DE JUNG, LA PAREJA PERMANECIÓ UNIDA EN MÁS DE MEDIO SIGLO.



dor y de la decadencia.» De este modo, el inconsciente toma el rostro de la divinidad engendradora de dioses, se convierte en fundamento de ciudades y en origen de éticas y leyes, abarca, más allá del bien y del mal, de lo útil a corto plazo y de lo edificante, la inmensa mayor parte de lo que llamamos espíritu.

¿Dónde se encuentran las pruebas de la existencia de tal entidad supraindividual? Observando los mitos y las leyendas populares de todos los países, dice Jung, descubrimos una serie de temas establecidos que se repiten a despecho de las diferencias de época y posición geográfica; esos mismos temas los encontramos en los sueños de cada individuo, en los delirios de los psicópatas y en las visiones de los grandes promotores de religiones o reformas políticas. Son temas que parecen configurar la forma de la imaginación humana, más allá de cualquier diferencia histórica, cultural, etc... Estos temas tienen gran coloración afectiva y cumplen una función directriz de la voluntad consciente, como ocurre con los complejos. Jung los bautizó con una expresión tomada del historiador decimonónico Jakob Burckhardt: imágenes primordiales. Luego la cambió por un nombre de resonancias más platónicas, *arquetipos*, que es el que, en definitiva, prevaleció. El ejemplo más clásico de comportamiento arquetípico son los instintos, en los que se dan indisputablemente los rasgos requeridos de innatismo, universalidad y capacidad para orientar la acción más allá de la voluntad consciente. Pero la dificultad comienza con otros arquetipos más discutibles, como el *mandala*, el renacimiento, el anciano, la madre, el burlón o tramposo (*trickster*), etc... ¿Acaso tenemos un arquetipo de la madre o el anciano sabio *antes* de haber aprendido por experiencia lo que es una madre o que la sabiduría suele ser patrimonio de la ancianidad? ¿La figura cuadrangular del *mandala* es innata al alma humana, más allá de la experiencia individual o la cultura de cada país? Efectivamente, Jung lo afirma así, pero *en cierto sentido* solamente. La mayoría de los escandalizados rechazos que producen los arquetipos son causados por una concepción de ellos excesivamente simplista o gráfica, en la que el mismo Jung incurre con más frecuencia de la que sería deseable. Según esta noción ingenua, los arquetipos son algo así como «re-

presentaciones» inconscientes con un contenido tan determinado como el que nos brindan, por ejemplo, los sueños o los mitos; es decir, que el arquetipo de la madre, v. gr., sería una imagen tan concreta como las representaciones mediterráneas de la Gran Diosa o las benévolas (o atroces) mujeres de mediana edad que pueblan nuestros sueños. Poco tiene esto que ver con la verdadera noción de arquetipo, tal como Jung la formuló en sus momentos más rigurosos y autocríticos. «El arquetipo en sí mismo es vacío; es un elemento puramente formal, nada más que una *facultas preformandi* (una posibilidad de preformación), una forma de representación dada *a priori*. Las representaciones mismas no son heredadas: sólo sus formas lo son; así consideradas, corresponden en todos los puntos a los instintos que, ellos también, no son determinados más que en su forma. No se puede probar la existencia de los arquetipos, como no se puede probar la existencia de los instintos, hasta que no se manifiestan de forma concreta.» Se podría comparar el arquetipo al sistema axial de un cristal, que preforma de algún modo la estructura que va a cumplir la cristalización posterior. Si hablamos de un arquetipo de la madre, comenzaremos inevitablemente a analizar las realizaciones concretas en que cobra contenido, aunque el arquetipo en sí no sea sino la *disposición formal innata del alma* a efectuar tales representaciones concretas. Los aspectos formales de tal disposición pueden estudiarse abstraídos de algún modo de los contenidos en que se realizan.

Pese a estas puntualizaciones, los arquetipos están lejos de poder admitirse sin reservas. Supuestas comprobaciones empíricas, como la presencia del *mandala* en todas las culturas, son facilitadas por Jung con excesivo apresuramiento y a partir de un material probablemente insuficiente. Los elementos de aprendizaje e histórico-culturales descienden tan hondo que es prácticamente imposible decir cuándo acaban y empieza la pura disposición innata. Y, sin embargo, creo que la teoría del inconsciente colectivo y los arquetipos de Jung es *insustituible*, por el momento, para quien intente pensar la religión, la mitología o la cultura de los pueblos; y cuando digo *pensar*, me refiero a algo más que acumular datos

y plantear elementales y superficiales alineamientos causalísticos. Los arquetipos de Jung son, evidentemente, una idea mítica, no científica, creyese Jung lo que creyese; pero es la fertilidad de esas ideas míticas lo que permite pensar, mientras que quien se atiene escrupulosamente a los preceptos de la «buena» ciencia sólo llega a manipular la realidad y, a veces, ni a eso alcanza. Lo que debe ser retenido de los arquetipos jungianos es que el espíritu tiene formas que no nacen con el individuo humano ni mueren con él; y que esas formas disponen o prefiguran nuestra imaginación, de tal modo que podemos decir sin mentir que nuestra esperanza o nuestra veneración son mayores que nosotros.

No puedo analizar aquí los diferentes arquetipos a los que Jung dedica estudios particulares. Sólo presentaré brevemente dos, por su importancia intrínseca y porque muestra bien esa mezcla de vislumbre profundo y arbitrariedad trivial de la que está hecha la psicología jungiana. Me refiero a los arquetipos de *anima* y *animus*. Cada varón lleva grabada en el alma una imagen de la mujer, no de tal o cual mujer determinada, sino del *tipo* de mujer que va a centrar e informar todas sus relaciones con lo femenino; a esa presencia de lo femenino en el inconsciente del varón se llama *ánima* en la terminología de Jung. Del mismo modo, la mujer lleva dentro de sí una imagen de los hombres (según Jung, el hombre la lleva *de la mujer* y la mujer *de los hombres*, es decir, que no se trata de una relación estrictamente simétrica) que conformará todas sus relaciones con el sexo opuesto, bautizada por Jung con el apelativo de *animus*. Merced a su *anima* el hombre establece una relación directa, intuitiva, no racional, con la vida y, aunque él crea que vive fundamentalmente por medio de su entendimiento, es el *anima* y los sentimientos por ella suscitados los que le enraízan realmente en la existencia; opuestamente, el *animus* representa la imagen pensante, discriminatoria y doctrinal en la mujer, quien cree vivir plenamente a través de su Eros cuando es precisamente este *animus* crítico lo más hondo de ella misma. El *anima* pretende reunir, juntar, mientras que el *animus* quiere diferenciar y reconocer; ¡curiosamente, a Jung la raíz del hombre le parece emocional y la de la mujer meditativa! Llevado por su *anima*, el

hombre tiende a buscar en la mujer lo vacío, desamparado, incapaz de relación, equívoco..., mientras que el *animus* se proyecta sobre las personalidades *fuertes*, muy determinadas, brillantes y decisorias... Según una discípula de Jung, la doctora Frieda Forham⁴, los movimientos de liberación femenina son producto de mujeres que se dejan arrastrar excesivamente por su *animus*... ¿Hará falta decir que esta distribución de papeles es motivo de la infinitamente conflictiva relación entre los sexos? Como se verá por esta somera descripción que acabo de esbozar, el *anima* y el *animus* responden a la fisiología compensatoria del inconsciente según Jung, de la que ya he hablado antes. En esta presencia de los contrarios en el seno de cada alma, Jung recoge uno de los atisbos tradicionales de la mitología (el hermafrodita); en su método se reúnen aquí lo mejor de su fuerza y lo más claro de su debilidad.

LA RELIGION COMO CORDURA

Llegamos a lo más importante, a ojos del mismo Jung, de su pensamiento y juntamente a lo menos «moderno» —por ser lo menos materialista— de él. Un occidental tiene dos problemas cuando habla de religión: en primer lugar, parece considerar que «religión» y «cristianismo» son y han sido siempre sinónimos, para bien y para mal; en segundo lugar, tiende a pensar que toda consideración no adversa de la religión es un intento solapado de reinstaurar o mantener formas tiránicas de gobierno. Es difícil exagerar hasta qué punto estos dos criterios están profundamente enraizados y hasta qué peligroso punto son erróneos; y digo «peligroso» porque llevan a un estado de obcecación fanática que las más indeseables formas históricas de la religión rara vez han alcanzado. Toda la historia de la humanidad contemporánea es la de un aumento constante de la *abstracción*, tanto en formas de pensamiento como en sistemas de convivencia comunitaria. El antiguo pensamiento «concreto» —si puedo hablar así—, es decir, míti-

⁴ Frieda Fordham es autora de una *Introducción a la psicología de Jung*, ed. Morata, Madrid, que constituye un útil resumen para penetrar en la obra del psiquiatra suizo. Lástima que esté acompañada por unas impertinentes notas del traductor de la obra, Luis Izquierdo.

co, ritual, ha quedado relegado al uso de los «reaccionarios», es decir, de quienes son incapaces de advertir la desaparición *histórica* de la comunidad basada en el rito y el mito y creen poder conservar éstos sin aquélla, en lugar de intentar transformar aquélla para recuperar la posibilidad de éstos. Jung describió así el choque de las dos mentalidades: «El ideal reaccionario es siempre más primitivo, más natural (tanto en el bueno como en el mal sentido), y más «moral», en tanto que se atiene fielmente a la ley tradicional. El ideal progresista es siempre más abstracto, más desnaturalizado y, en este sentido, más «inmoral», pues exige la infidelidad a la tradición.» Para Jung, la religión sería plenamente necesaria para conservar la cordura, pues ella sería la encargada de unir y equilibrar ambas tendencias. Jung vió bien el problema, pero era demasiado radicalmente reaccionario para vislumbrar una solución que fuese más allá de las buenas palabras o la acrítica sumisión a las formas vigentes de lo piadoso, en cuya raíz histórica se halla precisamente el corazón de la impiedad. El talante de Jung era incapaz de entender ninguno de los anhelos modernos de liberación; un sugestivo ejemplo: hablando de que la voluntad es una función mucho más desarrollada entre los «civilizados» que entre los «primitivos», dice: «Al comienzo de mi estancia en Africa, estaba asombrado de la brutalidad con la que los indígenas eran tratados, pues el látigo era moneda corriente; al principio eso me pareció superfluo, pero debí convencerme de que era necesario; desde entonces tuve permanentemente a mi lado mi látigo de piel de rinoceronte.» Es evidente que una persona que reacciona así no está capacitada para imaginar cuál puede ser la forma religiosa más adecuada al momento histórico actual, al menos si la religión debe perder sus connotaciones represivas y tiránicas.

Y, sin embargo, Jung profundizó hondamente en la esencia de la religión y, aunque no la agotó ni mucho menos, la esclareció útilmente. Creo que muchas de las críticas que se le hicieron en este sentido caen muy por debajo de su pensamiento. Es paradigmático el caso de Erich Fromm, en su libro «Psicoanálisis y religión», cuyo ataque a Jung es un perfecto exponente de la postura «humanista» en materia religiosa y de sus limitaciones. Fromm

critica, justificadamente, la habitual imagen tópica de la gigantomaquia entre un Freud antirreligioso y un Jung prorreligioso; pero la repudia para conservarla con el signo cambiado, haciendo a Freud defensor de una «verdadera» religión ética, mientras que Jung caería del lado de un «falso» relativismo religioso. Para Jung, lo importante es la validez psicológica de los arquetipos religiosos y el «consensus gentium» que lo sanciona; a Fromm, esto le parece un notorio desprecio a la «verdad». Argumenta de este modo: «En su relativismo con respecto a la verdad, el concepto de Jung a cerca de la religión contrasta con el budismo, cristianismo y judaísmo. En éstos, la obligación del hombre a buscar la verdad es un postulado integral. La pregunta irónica de Pilatos «¿qué es la verdad?», permanece como el símbolo de una actitud antirreligiosa desde el punto de vista no sólo del cristianismo, sino también de todas las grandes religiones». Al «humanismo» siempre le pasa lo mismo: o se pasa o no llega. Aquí, se pasa; precisamente el énfasis en la única Verdad es lo que ha transformado a las grandes religiones —es decir, a



FILEMON, UNA PAGINA DEL «LIBRO ROJO» QUE JUNG NUNCA LLEGARÍA A TERMINAR, PESE AL INTENTO QUE HICIERA POR CONCLUIRLO EN 1953. PARA EL, LA FINALIZACION DE ESTE ESCRITO SIGNIFICABA ALGO MUY APROXIMADO A LA MUERTE.

las más estables *institucionalizaciones* de lo sagrado— en perseguidoras inquisitoriales de los «descreídos y gentiles», mutilando el espontáneo florecimiento de las diversísimas formas de piedad. El carácter de búsqueda inapelable de la Verdad es *perfectamente ajeno* a la esencia de lo religioso y pertenece a la abstracta lógica binaria (verdadero-falso) de la ciencia, que trasladado al terreno religioso por el monoteísmo se ha llamado en su día *inquisición*. Antes dijimos que el carácter visceralmente reaccionario de Jung le impidió *profetizar* adecuadamente la nueva forma religiosa; ahora vemos que no bastan las buenas (y aguadas) intenciones progresistas de Fromm para alcanzar un pensamiento libertario. Efectivamente, no creo que el punto de vista de Freud y el de Jung sobre religión sean irreconciliables, como probablemente ellos mismos pensaron; la postura de Freud (que es, sin duda, mucho más simplista que la de Jung) muestra claramente los peligros de cierta forma de institucionalización religiosa monoteísta, que él equivocadamente hace equivaler a toda religión posible; Jung, en cambio, es poco sensible a los muchos aspectos indeseables de la religión establecida, pero describe con acierto el permanente valor de lo religioso en la vida psíquica del individuo y la comunidad.

No hace falta creer, como el inefable doctor López Ibor, que el rosario en familia cura las neurosis, para compartir la opinión de Jung expresada en el siguiente párrafo de su autobiografía: «Entre los enfermos llamados neuróticos de hoy, muchos de ellos, en épocas más antiguas, no se habrían convertido en neurópatas, es decir, no se habrían visto disociados de sí mismos, si hubiesen vivido en tiempos y en un medio en que el hombre hubiese estado unido por el mito al mundo de los antepasados y, por consiguiente, a la naturaleza vivida y no solamente vista desde fuera; la desunión consigo mismos se les hubiera ahorrado. Se trata de hombres que no soportan la pérdida del mito, que no encuentran el camino hacia un mundo puramente exterior, es decir, hacia la concepción del mundo que procuran las ciencias naturales y que no pueden satisfacerse tampoco con el juego puramente verbal de las fantasías intelectuales, que no tienen la menor

relación con la sabiduría.» En páginas como ésta, lo que se anhela no es tanto un comportamiento privado diferente —más religión o más mito y menos conocimiento científico—, sino una comunidad distinta, cuyo fundamento no fuese la producción a ultranza y la abstracción estatal, sino la realización de la fraternidad en la veneración de lo sagrado, que no excluye ninguna forma de conocimiento y las potencia todas. El hombre está realmente escindido —no otra es la definición del «ciudadano»—, pero no tanto de sí mismo como de la Ciudad: quizá la lucha contra el Estado, que comporta ataques a la religión establecida, es la forma más alta de piedad contemporánea, la que prepara las condiciones de posibilidad para venerar de nuevo... Este punto de vista, obviamente, no era el de Jung, como el lector recuerda. Para Jung, el tema de la religión está íntimamente conectado con uno de los arquetipos fundamentales, el de *Selbst* («sí mismo», «self» o «soi»), término con el que alude a la totalidad armónica de lo consciente y lo inconsciente, a la realización plena de la personalidad completa: «El *Selbst* es también la meta de la vida, pues es la expresión más completa de esas combinaciones del destino que se llaman un individuo». Podríamos decir que el *Selbst* equivale a la verdadera *cordura*. Su símbolo es el *mandala*, el cuadrado inscrito en un círculo, presente en muchas culturas del mundo entero. Al intento de conseguir la cordura, es decir, la total integración de los elementos conscientes e inconscientes en el *Selbst*, Jung le llamó *proceso de individuación* —fórmula muy poco afortunada, pues parece sugerir que la cordura puede alcanzarse individualmente, cuando él mismo había dado razones en contra de esta concepción. En todo caso, la religión debe jugar un papel fundamental en el proyecto totalizador, tal como Jung señala en uno de sus párrafos más expresivos: «El ejercicio de la religión —es decir, la repetición del relato y la repetición ritual del hecho mítico— cumplen consecuentemente la finalidad de tener siempre presente, ante los ojos de la conciencia, la imagen de la infancia y todo lo que se refiere a ella (es decir, el estado original, inconsciente e instintivo); la meta teleológica es impedir la ruptura de las estipulaciones originales.»

Con la procesión silenciosa de sus arquetipos,

su vocabulario de alquimista y la personalización figurativa en los tipos de las funciones del alma, Carl Gustav Jung adopta aires de *gnóstico* contemporáneo. Así lo vio ese otro decidido gnóstico André Bretón, por intermedio

del cual Jung influyó aún más que Freud en los surrealistas. Esto subraya la vigencia intelectual del psicólogo suizo, pues ya se sabe que los surrealistas tenían buen gusto para elegir sus santos patrones. ■ F. S.



YA CUMPLIDOS LOS OCHENTA Y CINCO AÑOS DE EDAD, CARL GUSTAV JUNG MORIA EN ZÜRICH DURANTE 1961. PESE A LA IMPORTANCIA DE SU PENSAMIENTO, LAS TEORÍAS QUE EL PROPUGNO HAN RECIBIDO CALIFICACIONES COMO LA DE «PSEUDOMITOLÓGIA OSCURANTISTA» POR PARTE DE HERBERT MARCUSE. CRÍTICAS QUE SE UNEN A LAS FORMULADAS CONTRA SU CONSERVADURISMO POLÍTICO.